

SOBRE DON FERNANDO DE LOS RÍOS*

Un atardecer de domingo (primavera de 1946), en nueva York, me llevó Luis de Zulueta a la casa cercana de doña Gloria Giner y don Fernando de los Ríos, en el barrio de la Universidad de Columbia. Estaba yo, desde principios del semestre, trabajando y estudiando en la Universidad de Princeton con don Américo Castro, granadino también como don Fernando y su estricto coetáneo. Así me encontré, de pronto, en un ámbito del exilio español muy diferente a los que había conocido en México: se respiraba un venerable anacronismo. Allí estaba la propia madre de don Fernando, de luto, como el de otras señoras de la familia, aunque doña Fernanda era una persona risueña, con manifiesta gracia andaluza. Los demás visitantes constituían un grupo reverencial, de españoles e hispanoamericanos. Al acercarme a don Fernando, sentí que estaba en un tiempo ido para siempre. Su pregunta —al referirle que estudiaba con don Américo— me lo confirmaba: “Américo le enseñara paleografía”. No podía por menos que asentir, como si fuera yo un alumno del Centro de Estudios Históricos (1915) todavía en la calle de Almagro. Era patente que don Fernando estaba herido de muerte. Hacía pocos meses que había renunciado a sus funciones ministeriales en el gobierno republicano en el exilio por enfermedad. El mal que le aquejaba, cabe conjeturar, era inseparable de su gran dolor español; porque, seguramente, don Fernando no podía aceptar que sus compañeros laboristas británicos repitieran, en 1946, lo que sus compatriotas conservadores habían hecho en 1936: la política de No-Intervención.

* Palabras pronunciadas en la mesa redonda sobre *La Institución Libre de Enseñanza y la vida política española (1876-1936)*. Centro Cultural Conde Duque, 11 de noviembre de 1999. Publicado después en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2ª época, número 37-38, mayo 2000, pp. 59-60.

El entierro de don Fernando, en 1949, fue un episodio de enorme tristeza para los republicanos españoles residentes en Nueva York y su región. Uno de ellos (probablemente don Indalecio Prieto) expresó el sentimiento colectivo: “Acabamos de enterrar a la República”. Palabras que no hubieran podido aplicarse a ningún otro eminente republicano, porque don Fernando estaba muy por encima de la cizaña política del exilio. De ahí que pueda hablarse de don Fernando como de un *erasmista* de nuevo cuño. Recordemos que al llegar, por vez primera, a los Estados Unidos en 1926 (para asistir al Congreso de Filosofía en la Universidad de Harvard), al responder a la pregunta del funcionario que le pedía llenara la casilla de un documento de inmigración que se refería a la religión del viajero, don Fernando escribió, sin inmutarse: *erasmista*. Respuesta, dicho sea de paso, que correspondía a lo observado por un amigo italiano: la religión norteamericana es tener una religión. Por supuesto, don Fernando no creía en el “*erasmismo*” de la Europa del siglo XVI, pero se ha dicho que los *institucionistas* eran los *erasmistas* españoles del siglo XX. Y, en cierto grado, cabe ver en ellos una espiritualidad similar a la que los grandes erasmistas españoles (grandes víctimas también), retratados por Marcel Bataillon en su famoso libro *Erasmus y España*.

Y, sin duda, se podría calificar a don Fernando de “erasmista”, en cuanto hombre de paz y sobre todo de mediación. Aquí cabría, ahora, preguntarse si don Fernando fue un socialista al erasmista modo. Pero esto llevaría mucho más tiempo del que disponemos, y por caminos frágiles que no corresponden a esta conmovedora velada.